

1846 de Religiosos, cuyo viático se les abonará de nuestras propias rentas y de las limosnas con que voluntariamente contribuirán los fieles de nuestra Diócesis, cuyos piadosos sentimientos hemos excitado con tal objeto». Ya se vé, los deseos del venerable Prelado no pudieron realizarse hasta algún tiempo más tarde.

42.—Conclusión del curso en Medellín y Bogotá.

42)—Tanto en Bogotá, donde había mayor número de operarios, como en Medellín á donde había sido enviado el P. Mariano Cortes en sustitución del Padre Lainez, se daban ejercicios y misiones y se promovía el culto, dando singular esplendor á las diversas festividades que ocurría celebrar. Fueron muy notables las misiones de La Mesa, dada por el P. Torroella y el P. Fernández y la de Chocontá que dió este mismo P. con el P. García. Son estas poblaciones de mucha importancia y regular comercio y por lo mismo más necesitadas de cultivo espiritual: en esta última fué muy notable la conversión de un ladrón sacrilego, que, habiendo robado 15 días antes de la misión una rica caja de plata en que se guardaban los santos óleos, reprendido este pecado desde el púlpito, al día siguiente la restituyó al Jefe Político, sin que hubiese sufrido todavía ninguna profanación aquel objeto sagrado.

Mientras tanto en los Colegios se esmeraban los Profesores en preparar á sus alumnos para los últimos exámenes, y Dios bendijo estos trabajos, porque en una y otra ciudad, olvidados ya de lo que es la enseñanza seria y concienzuda, y acostumbrados á presenciar exámenes de relumbrón, no pudieron menos de admirar la solidez y extensión de los adelantos de los alumnos en aquel primer año escolar. En Medellín terminó el curso en los últimos días de Octubre, con una modesta pero solemne distribución de premios, muy satisfactoria á la lucida concurrencia que ocupaba las naves de San Francisco para este acto preparadas con esmero. Se recogía el fruto que había podido germinar en pocos meses de estudio. En la Capital donde se

1846 contaba con mayor número de alumnos y mejores recursos de todo género, el acto fué espléndido. La hermosura y ornamentación del templo, la lucida concurrencia de todos los más principales de la ciudad, tanto eclesiásticos como seculares, presididos por el Sr. Arzobispo y el Presidente de la República, el drama y demás composiciones declamadas por los alumnos dieron tal realce á aquella función, que llenó de entusiasmo á los presentes, y varios padres de familia, entre los cuales no faltó alguno conocidamente desafecto á los Jesuitas, allí mismo solicitaron que sus hijos fueran admitidos en el Colegio para el próximo curso.

43)—Todo esto contribuía á acrecentar el amor de los buenos á la Compañía, y el odio de sus enemigos; pero estos se veían obligados á enmudecer en presencia de los hechos que ni podían negar, ni se atrevían á contradecir: fueron aquellos días de completa calma á lo menos en la Capital; por lo que hace á Medellín, Lince con los «Amigos del País» continuaban su guerra sorda y solapada, pero sin conseguir ventajas de ningún género. Aquí después de un mes ocupado en tomar algún reposo y preparar el nuevo curso, por acomodarse á las disposiciones de instrucción pública, se inauguró el 1.º de Diciembre, con un número de alumnos mayor en una tercera parte de los del anterior. En Bogotá se abrió el Seminario, como independiente, el 1.º de Enero, es decir, que las vacaciones duraron aquel año un mes y medio.

43.—Nuevo curso.

44)—Los misioneros del Caquetá después de un viaje verdaderamente apostólico llegaron á Mocoa á principios de Noviembre. Entretanto el General Mosquera emitía diversos decretos relativos á esta sagrada expedición, declarando Casa de escala el Colegio de Popayan, (1) nombrando párroco de Mocoa á uno de

44.—La Misión del Caquetá.

(1) 6 de Agosto.

1847 los Misioneros, (1) señalándoles las asignaciones decretadas ya en Mayo del año anterior, (2) librando á los indígenas reducidos de toda contribución civil y eclesiástica y sujetando los Misioneros á la vigilancia del Gobernador civil, (3) y, finalmente, ordenando al P. Lainez «envíe un informe lo más circunstanciado que pueda ser sobre la situación en que los PP. Misioneros han hallado aquel país á su llegada, y acompañando cuantas indicaciones le sugieran los conocimientos que tome acerca de lo que en su concepto deba tener presente el P. E. para el mencionado fin». Así se expresa el decreto de 9 de Diciembre, es decir, fechado un mes poco más ó menos después de llegados los Misioneros á Mocoa. Si no hubiéramos de condenar la manía liberal de entrometerse en los asuntos puramente eclesiásticos, diríamos que toda esta serie de decretos argüían en el Gobierno gran celo por la propagación de la fe y civilización de los salvajes; pero no es á los Gobiernos legos á quienes Jesucristo ha dado la misión de evangelizar á los pueblos, sino á la Iglesia: á ellos sólo les toca prestar sus auxilios puramente materiales y dejar en completa libertad al Papa, á los Obispos, á los misioneros para que ejerzan sin ninguna clase de trabas su sagrado ministerio.

Demasiada parece la exigencia de Mosquera en exigir informes, é informes detallados, cuando apenas acaban de llegar al territorio destinado á sus trabajos; pero mayor es la actividad y celo del P. Lainez, que ya el 1.º de Enero de 1847 dirigía á su Superior una detallada relación, no sólo de sus apostólicos trabajos en tan largo y penoso viaje, sino también de la primera expedición que hizo, apenas llegado, por aquel inculto país. Los hechos que comprende tuvieron lugar

(1) 17 de Septiembre.

(2) Idem idem.

(3) 13 de Noviembre.

en la segunda mitad de este año de 46; y porque además es un documento preciosísimo de aquel mártir de la caridad y del celo por la salvación de las almas, la copiamos íntegra, concluyendo con ella la primera parte de esta historia.

Mocoa 1 de Enero de 1847

Rdo. P. Superior.

Si en todo tiempo y en cualquier época, un hijo de la Compañía de Jesus experimenta un indecible alivio al tratar y comunicar con aquellos que son sus guías en el escabroso camino de la perfección, y los que con respecto á él hacen las veces de Dios; no se puede negar que hay circunstancias en que este contento interior y consuelo sube de punto; como cuando las distancias que separan al uno del otro son considerables, y las cosas de que se trata importantes. Por esa razón puedo asegurar á V. R. que en muy pocas ocasiones he tomado con tanto placer la pluma para estampar en el papel mis sentimientos, como en la presente, en que espacios inmensos y empinadas montañas me ponen en la imposibilidad de disfrutar del trato de V. R. y del de mis amados hermanos en Jesucristo, á la par de que el asunto de que voy á ocuparme en esta carta, es en sí digno de toda atención, como V. R. podrá juzgar por lo que iré diciendo.

Había más de 12 años que yo suspiraba sin cesar y anhelaba con vivas ansias por las misiones del Nuevo Mundo; la América era un imán para mí, que me atraía hacia sí, pero con una fuerza, á cuya acción érame imposible resistir. Los atractivos que en sí encierra la culta Europa poca ó ninguna impresión hacían sobre mi corazón, que más bien vivía en el Nuevo que no en el antiguo continente. ¿Quién me dijera que estos votos se habían de realizar algún día? ¿Que en fin las plantas de mis piés pisarían, y mis

1847 ojos verían la tierra de Colón? Pero aquel que es rico en misericordia, y que escucha la oración del que le pide con fervor y perseverancia, oyó mis gemidos; accedió á mis súplicas; me otorgó la inestimable gracia *para mí* de venir á mi tan deseada América. V. R. sabe muy bien cuantas y cuán grandes dificultades opusieron á nuestra salida de Europa los Señores Obispos de las principales ciudades de España, Francia, Bélgica, Suiza y de Italia. «Nuestras diócesis, solían »decirnos con la mayor sencillez y confianza, nuestras »diócesis están más necesitadas que las de la católica »América; el enemigo común y los hijos espurios de la »Iglesia trabajan sin cesar para echar por tierra la »religión santa de Jesucristo, y ahora nos abandonan »VV. RR?.....» Tampoco ignora V. R. cuán copiosas y abundantes lágrimas derramaron las personas de la más alta categoría y nuestros numerosos amigos, penitentes y discípulos, al oír se trataba de una larga separación. Pero pudieron más los ruegos reiterados de los muy apreciables Señores Embajadores de la Nueva Granada en Roma y en Londres, los votos y representaciones nacionales de esta República añadieron nuevo peso á las razones que aquellos alegaban, y apoyaron estas mismas representaciones los deseos del Santísimo Padre Gregorio XVI, que miraba entre todas las Repúblicas con particular cariño á la Nueva Granada. Todas estas razones entre otras muchas, y singularmente el amor á los habitantes de estos países regados con los sudores, no menos que con la sangre de tantos Jesuitas hermanos nuestros, nos arrancaron de los brazos de nuestra cara patria, nos separaron para siempre de nuestras familias y amigos, nos obligaron á atravesar espaciosos y anchurosos mares, exponiéndonos á los mayores trabajos y peligros. Y en efecto, el apreciable y erudito P. José Téllez, que tantos recuerdos dejó allá en España, en Francia y Bélgica, fué triste víctima de las fatigas del viaje,

1846 privándonos con su inesperada muerte, á nosotros de un amigo verdadero y santo, á los amantes de las ciencias, de un sabio, y á todos los Granadinos de un sacerdote infatigable y sumamente caritativo. Los demás que componíamos la primera expedición ó remesa de misioneros, como los que poco después compusieron la segunda, bebimos á nuestro turno, (y no poco), del cáliz de la tribulación, pudiendo decir con el Apóstol: *in mortibus frequenter*, que muchas veces vimos de cerca la muerte.

Pero si los trabajos y penalidades fueron grandes, no fueron menores los consuelos con que nos visitó el Señor, apenas tuvimos la dicha de poner el pie en la Nueva Granada. El cariño y bondad con que nos recibieron los Samarios, el afecto que nos manifestaron los Cienegueses y Mompoxinos, los Hondanos y demás habitantes del Magdalena, y el solemne y espléndido recibimiento que nos hicieron los amables, los generosos y católicos Bogotanos, (y cuya memoria nunca, nunca pasará), endulzaron nuestras amarguras, enjugaron y secaron nuestras lágrimas, ensancharon nuestro más que oprimido corazón, derramaron en él el dulce néctar del consuelo, encontramos, (no hay que dudarlo), en los hijos de esta naciente República nuevos amigos, nuevos bienhechores, corazones nobles y bien formados, que supieron reemplazar perfectamente á los que dejamos en Europa, y llenar su vacío; nos alegramos de los trabajos pasados, á trueque de haber conocido gente tan buena: *letati sumus pro diebus, quibus vidimus mala*. De cuanto llevo dicho fué V. R. testigo y muchos de los PP. que existen en la República; y estoy perfectamente convencido que sobre el particular mi lenguaje es el lenguaje de V. R., cuyos sentimientos conozco á fondo desde tiempos muy remotos.

Pero debo añadir, por separado, y en honor de la verdad, que pude confirmarme más y más en la

1846 opinión que me había formado del excelente carácter de los Granadinos y de su como con natural bondad, cuando me cupo la dicha de tratarlos más de cerca con ocasión de dar misiones en algunas provincias de la República. Y ¡oh, qué campo tan vasto se abría ahora á mi imaginación, no menos que á mi gratitud, si yo tratara de decir á V. R. cuánto he visto y notado de bueno, ya en los caballeros, ya en las señoras, ya también en el pueblo de las ciudades y villas que he atravesado y de aquellas en particular en que he anunciado la palabra divina! Tendría materia suficiente para escribir á V. R. muchas y largas cartas, que lo llenaran de consuelo. En la provincia de Antioquia á donde bajé desde Bogotá, me robaron el corazón la cultura y generosidad de sus habitantes; jamás, jamás echaré en olvido el extremado cariño que me manifestaron, durante mi residencia en la mencionada Provincia, los cultos Medellinenses, los hospitalarios y obsequiosos Antioqueños, los muy honrados Rionegreños, en una palabra, cuantos habitan en el ameno y gracioso valle de Medellín. Esto mismo noté y experimenté en el frondoso valle del Cauca, cuando con motivo de venir al Mocoa, ó sea, territorio del Caquetá, me detuve unos días en Cartago, en Buga y Popayan. ¡Qué bondad y cultura en su trato! ¡Qué amor tan sincero á todo lo bueno! ¡Qué generosidad y desinterés para prestarme sus servicios! ¡Qué entusiasmo por nuestra Compañía! Entre otras cosas nunca podré olvidar lo que me pasó en Buga, cuando dos venerables ancianos, postrados una tarde á mis piés, bañados en lágrimas, y pidiéndome la mano para besármela: «—¡Ah, mi padre! me decía »el uno, permítame V. besar su mano, pues esta »acción me recuerda lo que tantas veces hice, siendo »muchacho, con mis maestros los Jesuitas en San »Luis de Quito». «—Déme V. su mano, me decía »el otro, pues yo soy en cierto modo su pariente,

»habiendo tenido la felicidad de ser bautizado por el »R. P. Manzoni, Rector de nuestro Colegio de Buga». Ellos lloraban acordándose de sus amados directores y preceptores, y yo no podía contenerme tampoco al ver á mis piés á dos respetabilísimos Granadinos, que me contaban cosas de tanto consuelo para mí y tan poco comunes.

Me parece que V. R. gustará de que le dé alguna idea de las ciudades que he visitado. Cartago, fundada en 1542 por el Capitán Jorge Robledo, es una ciudad bien edificada, si bien en la actualidad no tiene toda aquella población que su posición al parecer exige. Con razón la llaman los viajeros la gran ciudad futura, porque creen que con el tiempo ha de ser muy grande y populosa. Y semejante denominación no carece de fundamento: porque por una parte sirve de puerta, por decirlo así, para entrar en el valle del Cauca; por otra ejerce un comercio muy activo con la provincia de Antioquia, y que fuera todavía mucho mayor, si la vía de comunicación entre Cartago y Medellín fuera más cuidada; pues, á decir verdad, apenas pude transitar por ella sin exponerme á los más inminentes peligros. Por Ibagué negocia con Bogotá, y por Anserma con la rica provincia del Chocó. El clima es bastante cálido y las aguas no muy sanas; pero sus habitantes son pacíficos y muy sumisos.

La ciudad de Buga fué fundada en 1588 por el Capitán Domingo Lozano. No pudieron los españoles efectuar antes la conquista de dicha provincia, porque dominaba y mandaba en aquella parte del valle del Cauca un terrible y famoso Régulo ó Cacique llamado *Calarcá*. Este hombre extraordinario, ora consideremos su descomunal estatura, ora su valor y destreza en el manejo de las armas, puesto al frente de la numerosa tribu de los *Pijaos*, fué un muro de bronce, contra el cual se estrellaron las miras ambiciosas de

1846 Belalcázar y de sus compañeros, hasta que muerto de pura vejez, emprendió la conquista de aquella provincia Domingo Lozano, á cuyas bayonetas no pudieron hacer ya frente los Pijaos, faltándoles el que era como el alma y el todo de su tribu. El clima de la ciudad de Guadalajara de Buga es más benigno que el de Cartago; situada cabalmente en la mitad del valle del Cauca, y á media legua de este río, ha merecido en todo tiempo la atención de las más distinguidas familias, que la escogieron por su residencia. Posee un Santo Cristo muy milagroso; son muchos los viajeros que van á visitarlo y á ofrecerle sus dones. Así es que su camarín ha podido reunir tantas riquezas y preciosidades. Entre otras cosas advertí que las puertas, (y que no son pequeñas), eran de plata; también lo era el frontal del altar; la cruz del Santo Cristo es de Carey, cubierta de plata por su parte anterior; las extremidades de sus brazos son de oro y las potencias y corona del Señor del mismo metal, pero en cantidad de 9 libras. En esta ciudad tenían los Jesuitas un Colegio para la educación de la juventud; este ramo está casi abandonado y los más ardientes votos de los Bugueños son porque se nos devuelva nuestro Colegio con sus rentas, á fin de que sus hijos puedan recibir la educación conveniente á su rango y que esté en armonía con sus principios verdaderamente católicos y de orden. Esta ciudad fué la cuna del V. P. Juan de Oviedo, jesuita célebre por sus eminentes virtudes y talentos.

No me detendré en hacer á V. R. la pintura y descripción del valle del Cauca, pues la juzgo superior á mis fuerzas. En él se encuentra la realidad de las ficciones poéticas: la asombrosa vegetación de su inmensa vega; los saludables y abundantes pastos con que se sustentan miles de cabezas de ganado mayor, la multitud de ríos y quebradas, cuyas cristalinas y límpidas aguas serpentean por sus verdes prados, la

1846 variedad de aves que con sus trinos llenan los aires, la bondad de sus habitantes, en una palabra, el embalsamado ambiente que allí se respira, todas estas pequeñas maravillas tienen absorto y como fuera de sí al caminante, arrebatan y avivan la imaginación del poeta, prestan abundante materia al filósofo y al santo para que mediten en el retiro de sus aposentos y gabinetes sobre las obras del Criador.

Popayan fué conquistada en 1537 por Belalcázar, después de haber tenido varios encuentros con su cacique llamado Payan. Esta ciudad ha sido siempre mirada como una de las principales de la América del Sur. Situada al pie de la gran cordillera, disfruta de un clima templado, no subiendo el mercurio en el termómetro de Réaumur arriba de 16°. Se erigió en Obispado por el Papa Paulo III en 1547, siendo su primer Obispo el Ilmo. Sr. D. Juan del Valle. Puede gloriarse de haber sido madre de grandes hijos en virtud y en letras; pocas ciudades y quizás ninguna de la República, (proporción guardada), podrá medirse con ella en este punto. Los Popayanenses parecen ser nacidos para las ciencias; su trato es muy caballero y noble, con una educación esmerada, transmiten á sus hijos el amor á la Religión; el Popayanense es eminentemente católico. Nuestra Compañía les debe sujetos distinguidos: entre otros se pueden citar los RR. PP. José Nieto Polo y Luis Coronado; éste célebre misionero y aquel insigne escolástico; además cuenta nuestra Compañía entre sus hijos, dos PP. Mosqueras, oradores de mérito y al Venerable P. Francisco de Figueroa, martirizado en defensa de la fe de Jesucristo.

Es por demás decir á V. R. que nunca hubiera llegado al Caquetá, si hubiera escuchado las súplicas de los Cartagueños, Bugueños y Popayanenses; y por mi parte gustosísimo hubiérame quedado en tan buena compañía y haría por ellos cualquier sacrificio que

1846 estuviera á mis alcances; pues estoy plenamente convencido que por mucho que hiciera, siempre gravitaría sobre mí una enorme deuda de gratitud. Pero destinado por el Supremo Gobierno á las misiones del Caquetá, érame forzoso abandonar dichas provincias, como abandoné las de Bogotá y de Antioquia; debía, por consiguiente, emprender nuevos viajes y arrostrar nuevos peligros. Todo, pues, dispuesto, dirigí mi marcha hacia la ciudad de Pasto. No bien había caminado 6 leguas, cuando encontré la terrible Langosta, tan justamente temida en esos países. ¡Cosa increíble! Eran tantas, que cubrían perfectamente el suelo y las ramas de los árboles; y exhalaban de sí un hedor tan fétido, que inficionaba el aire. Su voracidad y hambre había acabado ya con cuanto existía en los campos, y los pobres gemían en sus chozas su desgracia, no siéndoles posible dar ni siquiera un plátano á sus hijitos. Nunca me figuré que un tan vil y pequeño insecto pudiera causar tantos y tan graves males.

Después de tres días de marcha, llegué á divisar el valle de Patia; y así como es cierto que no hay quien no desee atravesar el valle del Cauca, así también lo es que no hay quien no tema pasar el de Patia. Y con mucha razón, pues raro es el viajero que no contrae en el tránsito unas fuertes calenturas, y algunas veces de tan mala calidad que quitan la vida en pocos días y aun en pocas horas. Son muchos, sobre todo de Pasto, los que me han contado haber perdido ya un hermano, ya un amigo ó pariente por haber pasado este valle. Cuando llegué al alto que lo domina por la parte de Popayan, antes de bajar á Palo-bobo, me quedé como encantado de la parte que me fué dado ver por entonces. Mil pliegues y repliegues formados en la tierra, ó sea en los pequeños conos que del valle se levantaban hacia el cielo, vestidos de musa y verde yerba, me recordaban aquel *ludens in orbe terrarum*

de que habla la Escritura Sagrada; ni menos podía persuadirme que bajo de tan bellas apariencias se encerraran tantos males. Por lo que á mi toca, puedo asegurar á V. R. que no le tenía miedo; y atribuyendo á imprudencias de los viajeros, más bien que á lo insalubre del valle, los tristes efectos de que he hablado, no quise tomar ninguno de aquellos preservativos de que todos suelen echar mano para pasar por él. Encomendéme fervorosamente á la Santísima Virgen y Santos de mi devoción y me puse en marcha. Cuanto más penetraba en él, tanto más me gustaba. «¿Es este, me decía yo á mi mismo, el terrible Patia? ¿Por qué se quejan tanto de él? Nada siento ni experimento que no haya sentido y experimentado en otras partes de la República». Eran como las dos de la tarde, y el cansancio, junto con el calor, me obligaron á apearme de mi mulita; las provisiones venían bastante atrás y no podía por esa razón tomar alimento; tampoco tenía qué beber, y la sed era ardiente de resultas del mucho sudar: (el termómetro señalaba 27.º R.) Todas esas causas diferentes me ocasionaron un desmayo que me duró como una hora. Es verdad que el agua corría junto á mí, pero no me atrevía á beberla, sabiendo ser ella la principal causa de tantas enfermedades, por razón de la gran cantidad de antimonio que lleva. Con el auxilio, pues, de Dios, llegué sin otra novedad á *Dorotes*, primer punto de descanso después del Patia. En otro tiempo se llamaba también valle de Cahúa, porque en parte fué habitado por los Cahúas. Desde *Dorotes* el camino es bueno hasta Pasto, á excepción de un pedazo de montaña, donde fué asesinado el Gran Mariscal de Ayacucho. Lo demás, aunque intransitable en años pasados, ha quedado excelente y de lo mejor que he andado en la República, gracias al celo y actividad de uno de los Sres. Gobernadores de Pasto. ¡Cuánto vale un buen magistrado!